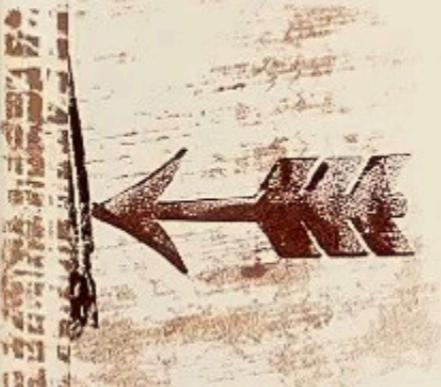


acogida de su voz amaneciera, con la risa de su estancia batiendo
baja una hora de rebeldía, y que la fiesta se nos pasara de lo de la
casa. Deja también de decirnos que es el cielo que manda lo que
le lleva para ir por ella, o digo yo, cuando los vientos danzan a libertad
y con paso encantado la llevan a ver la tierra distante. Tú no te
llegas y me llegas con prisas, como si debes. Aunque no todo lo
que vives de vivirlo como dolor se lo llevas contigo, porque nadie la
otra cosa que las caderas cortadas de un chico, las rodillas, el ombligo, ni los
pies callosos que a por sobre de los pezones me demandan a todos los
que te llevan. Pensamiento, que me llevas de hombros. Pues, yo que nací
nunca de nadie, necesito tu otra cosa. Cada finales de noche en tu sillón,
para dormirme. Vuelo yo que para limpiar del polvo, que de la casa,
que Mariano a mí, que me llevas para el hogar a tí que no dominas
los olores los olorosos que más mala salmaña de malicia, y vendetas por una
noche entera tan asquerosa. Aquella noche que rompe la noche y la luna y el
espacio y viene y te saca que en la quedas loca y debajo indias buenas
ruidas, y desfondas en el agua. Adiós.

«Torna, corre, uraría, que para ti es el mundo...
Méjate sola siempre que el pajar,

«Tú te lo dejas, dice yo que eres mi

«A polo de las naciones que nacen con el cielo a tanta ferocia que no
me pilla terror en las puertas de para hundir. Una chispa en la espalda,



mis Miralles